

EL UNIVERSO SILENCIOSO DE SVIATOSLAV RICHTER

JORGE DE LA PAZ

A Claudia y Fuensanta

Goethe dijo alguna vez que todo hombre verdadero es un esforzado luchador.

La vida de Sviatoslav Richter ha sido una lucha interminable con el ángel.

Grande aun en las tribulaciones, la dimensión de su alma está determinada por el amor. Cada una de sus interpretaciones es una revelación. Beethoven creía que sólo la música puede liberarnos de esas miserias que la gente arrastra como un fardo inútil. Niehaus, maestro y amigo de Richter, solía repetir *Después de escuchar a Richter te sientes puro*. La música de Richter es música de Dios.

Richter toca desde el fondo mismo de su vida intensa. Sus interpretaciones nacen del asombro. Artífice legendario, cuando toca anula el espacio y nos revela las configuraciones sin término de las formas inmortales. Cuando pone sus manos justas en el piano, la verdad persiste en su ser. Su alma inabarcable y apasionada percibe el milagro de la vida y silenciosamente nos transporta a ese cielo apacible donde nace la fe.

Viene al mundo Sviatoslav Richter en Zhitomir, Ucrania, un día de marzo de 1914. Más tarde, la familia se traslada a Odessa. Pianista también, el padre sabe valorar tempranamente el talento de su hijo. Don amoroso de la capacidad musical de la madre, es ella la que habrá de crear esa atmósfera sonora en la que siempre vivirá Richter. Estudia con su padre.

A los quince años debuta y sus manos empiezan a tejer la leyenda singular de sus interpretaciones.

Experiencia inagotable, sus años de formación son una recia tarea. La música, en él, es un modo de ser. Las preferencias y las discrepancias habrán de determinar sus actitudes humanas y artísticas. Estudia partituras y lee sin descanso. Compone algunas obras y sueña con ser director de orquesta. Los esfuerzos y los días le ayudarán a definir sus aspiraciones.

Una tarde de junio decide ser pianista. Viene entonces a Moscú e ingresa al conservatorio. Trae el amor en el alma y el talento en las manos. E. Niehaus, su maestro, vislumbra que el enigma del genio lo acompaña. En 1945, dueño ya de una técnica ilimitada, gana el concurso nacional de la Unión Soviética. Se gradúa y los honores se suceden. La fama lo ha conocido. En 1949, el gobierno de su país le otorga el premio Lenin.

La sencillez -cifra de la grandeza- ha sido el señalado ejercicio de su vida. Huraño, rehúye a la gente. No es menosprecio. Es respeto a sí mismo y a los demás. Lo que en él parece desdén es concentración. Su secreto es esa inacabable capacidad de asombro. Su hondo amor por la tierra le ha dado esa inocencia adulta que todo lo ve. Nada le es ajeno. Su aparente distracción es un tejido interno de alusiones infinitas.

Sus retratos son una galería de la tristeza. Una sombra blanca le acompaña. La actitud severa y la sonrisa son el contorno de la bondad.

Los rasgos de su fisonomía se han acendrado con el tiempo y destacan los elementos esenciales de su alma. Rostro hecho de luz, la nobleza de su frente entrelaza la rectitud de su boca con la tristeza de sus ojos profundos. Todo en él anuncia el predominio del espíritu. Su mirada es un universo silencioso creado por la sabiduría de sus manos sonoras.

Nada le es más ajeno que la altanería de los ojos y el engrimiento del corazón. En una carta, Beethoven afirmaba: *El artista verdadero carece de orgullo. Sabe, desafortunadamente, que el arte no tiene límites. Oscuramente siente que la meta está lejos. Otros tal vez lo admiran, pero él, apesadumbrado, sabe que todavía no ha alcanzado ese punto donde lo mejor brilla como un sol distante.*

Aclamado y reclamado, abandona Richter los escenarios de sus recitales. Los elogios lo abruma. A veces, suele responder:

No salió bien. Tal pasaje, sí, pero el resto... y su semblante muestra un aire de insatisfacción. Algunos ingenuos piensan que es pose. Otros, menos cándidos, creen que desconoce la medida de su grandeza. Pero hay otros -yo entre ellos- que sabemos que Richter dice la verdad. Para un artista verdadero la propia valoración es un índice del desconsuelo.

La música es un acercamiento al misterio. Es honda raíz de sabiduría. Trasunto de la eternidad, nos libera de la rutina cotidiana de las migraciones efímeras. Es la redención del sufrimiento y tiene la forma de la esperanza.

A Wittgenstein le contrariaba que a la gente no se le ocurra que la música pueda enseñarnos algo.

Beethoven -lo leemos en una discutida carta de Betina von Arnim a Goethe- ha dicho: *Cuando abro los ojos tengo que suspirar porque lo que veo está en contra de mi religión. Debo despreciar un mundo que no sabe que la música es una revelación más alta que la sabiduría y la filosofía. Y más adelante: La música es la verdadera mediadora entre la vida intelectual y los sentidos. Y enseguida: Háblele a Goethe sobre mí. Dígale que escuche mis sinfonías y él le dirá que tengo razón al decir que la música es la entrada incorpórea al mundo superior del conocimiento.*

Para Beethoven la música es el paso excelso del conocimiento. Un puente luminoso entre el intelecto y los sentidos que enaltece el espíritu.

Para Richter la vida -ese vaso que todo lo contiene es la música. Mahler decía que lo mejor de la música no está en las notas. Las interpretaciones de Richter son esas secuencias perdurables de la vida que las notas no expresan. Su arte es la suma de los mejores logros del hombre. Richter es algo más que la técnica, es algo más que la música. Richter es la verdad. Cuando toca, el misterio desata los lazos frágiles de nuestras culpas.

Niehaus señalaba: *Es difícil decir qué es lo que más valoro en Richter. Un crítico ha afirmado que es el profeta de una nueva época. Creo que tiene razón. Ha habido una larga etapa de virtuosismo desmesurado y hemos visto brillar una constelación de virtuosos. Richter también posee esa técnica, pero no se nota, no hace gala de ella. Para él tiene una función subsidiaria. Su única preocupación es revelar los elementos esenciales de la música, revelar sus propios pensamientos y su experiencia. De aquí el estilo simple y severo de su ejecución.*

Dueño de una gran fuerza moral, la mano que Richter nos tiende es una mano grande, osada y sabia. G. B. Shaw decía que la invención del piano ha sido para la música lo que la imprenta para la poesía. El piano de Sviatoslav Richter es una categoría de lo bello. *Busca asilo en la sabiduría* -aconsejaba Beethoven-. *El hombre sabio no se ocupa del bien y el mal de este mundo.* La sabiduría de Richter es corona de gracia.

Si para Pitágoras una mariposa era un número, para Richter es un sonido. Es en el mundo de la música donde se restablece la armonía del universo. *Sin la música* -superlativo incomparable de Nietzsche- *la vida sería un error.* Pero existe la música. Existe Richter. No habitar ese mundo sería una carencia cósmica. Ignorarlo sería desoír la melodía infinita del amor, el ritmo visionario de los cielos y la cadencia inmortal de nuestro espíritu.